

Piano, Renzo. Building Workshop 1966-2005

Philip Jodidio
(528p Taschen)

Por María Carrizosa



El Pompidou, uno de los primeros edificios de Renzo Piano, es un edificio con las tripas hacia fuera. Este acto desvergonzado y sincero lo hace ser una especie de icono fácil de entender y de querer: “El Pompidou tiene sentido para todo el mundo. A pesar de ser arquitectura de vanguardia –dice Adam Mornement–, no aliena a los no iniciados. Es como una pintura de Monet, que todo el mundo entiende”. Desde su inauguración en 1977, el Centro excedió por cinco el flujo de visitantes que se había anticipado. Las instalaciones técnicas pintadas de colores llamativos sobre la fachada, conforman un esqueleto externo que, además de unas vigas empotradas a manera de puente, libera y flexibiliza amplios espacios interiores. El proyecto “pretendía ser una máquina urbana, una criatura que podía haber emergido de un libro de Julio Verne o un extraño barco en un muelle seco... el Pompidou es una doble provocación: un reto para los eruditos y una parodia al conjunto de imágenes tecnológicas de nuestro tiempo. Considerarlo alta tecnología es un error de interpretación” dice el mismo Piano.

Diez gigantescos canastos de madera, vidrio y aluminio se levantan en el paisaje natural de Nueva Caledonia, remoto paraje del Pacífico donde este italiano diseñó un centro cultural para la comunidad Kayak. Anticipándose al concepto “arquitectura sostenible”, para Piano la arquitectura es una segunda naturaleza que se coloca encima de la real. “Si tienes suerte, el resultado es como la naturaleza, algo que la naturaleza hubiera podido hacer pero no hizo.” Esta es exactamente la sensación que tiene cualquier espectador ante ese impresionante edificio, o al ver esos gigantescos huevos de pez col-

gando del cielorraso del auditorio del Banco Popular de Lodi, o los tres enormes escarabajos de plomo en Roma que conforman el complejo musical más grande del mundo.

Incansable admirador de los ingenieros, este arquitecto italiano sostiene que los artistas no son los talentosos, sino quienes manejan con destreza una técnica. Una obra como el aeropuerto de Osaka construido sobre una isla flotante de unas 40 hectáreas, que con su enorme tamaño resistió perfectamente un terremoto de 7.5 en escala Richter, demuestra que sus edificios son más precisión que experimentación. Al referirse a su obra prefiere hablar de artesanos que de arte: “hay que saber hacer las cosas no solo con la cabeza sino también con las manos” porque –según afirma– solo así se salvaguarda la libertad creativa. Piano nació en una familia de albañiles, creció yendo a obras, entre herramientas y obreros, viendo cómo crecen los muros y cómo se transforman espacios. “He sido un hombre afortunado: he pasado la vida haciendo aquello que soñaba de pequeño”, explica.

¿Cómo es que Piano puede hacer arquitectura verde en Oceanía, futurista en Japón, un edificio itinerante, un barco dentro de una iglesia antigua... y mantener cierta coherencia? “El estilo es una jaula de oro en la que uno se encierra”, cuando al arquitecto solo le interesa convertirse en una marca, ser reconocido por su firma, entonces se confina en su propio narcisismo, dice. Un edificio de Renzo Piano sorprende a cualquier persona, no sólo a los especialistas. A pesar de ser uno de los más grandes arquitectos del mundo, Piano no es para nada pretencioso, su absoluta modestia produce una dulce admiración. Confiesa que aún se pone un poco nervioso cuando es tratado con demasiada reverencia por sus clientes y se sorprende de que le encarguen proyectos multimillonarios, ante lo cual explica: “El secreto es no guardar tus sueños en el cajón. Uno tiene que usarlos, arriesgarlos.”